ciliables enemigos del régimen revolucionario. Era muy decidido en favor del órden social, sin advertir que le destruia por sus cimientos persiguiendo el órden religioso. Lo que se puede decir de él con justo motivo, es que su incredulidad le sirvió de obstáculo para elevarse á la altura á que le llamaba la naturaleza, y que sus obras, esceptuando sus poesías sueltas son muy inferiores á su talento: ejemplo que debe arredrar eternamente á todo el que siga carrera literaria. Voltaire fluctuó entre tantos errores, desigualdades de estilo y de raciocinio, porque le faltaba el contrapeso de la religion: su ejemplo ha probado que la gravedad de costumbres y la piedad de pensamientos, son aun mas necesarias que el talento para el trato con las musas.

LIBRO SEGUNDO.

Poesía en sus relaciones con los hombres

CARACTERES.

CAPITULO PRIMERO.

Caractéres naturales.

Pasemos de este exámen general de las epopeyas á los pormenores de las composiciones poéticas. Pero antes de examinar los caractéres sociales, tales como los de sacerdote y guerrero, consideremos los caracréres *naturales* de padre, de madre, etc., y partamos desde luego de un principio incontestable.

El cristianismo es una religion doble, por decirlo asi, porque si se ocupa de lo que pertenece á la naturaleza del ser intelectual; se ocupa tambien de nuestra propia naturaleza. Hace que marchen de consuno los misterios de la Divinidad y los del corazon humano: revelando al verdadero Dios, revela tambien al hombre verdadero.

Una religion semejante debe ser mas favorable

para la pintura de los *caractéres*, que un culto que no penetra de modo alguno en el secreto de las pasiones. La mas bella mitad de la poesía, esto es, la mitad dramática, no recibiria ventaja alguna del politeismo; la moral estaba separada de la mitología (1). Un dios subia en su carro, un sacerdote ofrecia un sacrificio; pero ni el dios ni el sacerdote enseñaban lo que es el hombre, de dónde trae su orígen, hácia dónde camina, cuales son sus inclinaciones, sus vicios, sus virtudes, y sus fines en esta vida y en la otra.

Mas en el cristianismo, por el contrario, la moral y la religion son una sola y misma cosa. La Escritura nos enseña nuestro orígen, y nos instruye acerca de nuestras dos naturalezas: todos los misterios cristianos son relativos; por todas partes nos vemos á nosotros mismos, y por nosotros fué inmolado el Hijo de Dios. Desde Moisés hasta Jesucristo, y desde los apóstoles hasta los últimos padres de la iglesia, todo ofrece la pintura del hombre interior, todo conspira á desvanecer las tinieblas que le ofuscan, y uno de los caractéres distintivos del cristianismo es el haber unido el hombre á Dios, mientras que las falsas religiones han separado al Criador de la criatura.

He aqui, pues, una ventaja incalculable que los poetas debian reconocer en la religion cristiana, en vez de obstinarse en desacreditarla. Porque si en cuanto á lo *maravilloso* es tan bella como el politeismo, en cuanto á la correlacion de las *cosas sobrenaturales* tiene ademas sobre el politeismo toda la parte moral y dramática, como esperamos hacerlo ver mas adelante.

Apoyaré esta gran verdad en ejemplos; haré algunas comparaciones, que sirvan para adherirnos mas y

(1) Véase la nota O al fin del tomo.

mas á la religion de nuestros padres, por los encantos de la mas divina de todas las artes.

Comenzaré, pues, por el estudio de los *caractéres naturales*, por el carácter de los *esposos*, y opondré al amor conyugal de Adan y Eva el de Ulises y Penélope. No habrá que imputarme que escojo de intento los asuntos medianos de la antigüedad, para que resalten mas los del cristianismo.

CAPITULO II.

CONTINUACION DE LOS ESPOSOS.

Ulises y Penélope.

Muertos por Ulises los príncipes, Euriclea va á despertar á Penélope, que se resiste á creer las maravillas que le cuenta su nodriza. Levántase sin embargo, *y bajando la escalinata, salva el umbral de piedra, y va á sentarse á la luz del fuego, en frente de Ulises, que estaba sentado al pie de una columna, con los ojos bajos, aguardando en silencio las palabras de su esposa. Mas ella parecia muda y sobrecogida de asombro* (1).

Telémaco acusa á su madre de tibieza; sonríese Ulises, y disculpa á Penélope. Duda sin embargo la princesa, y para probar á su esposo, manda que se prepare una cama á Ulises fuera del gabinete nupcial; en seguida esclama el héroe, y dice: *¡Ah! ¿quién ha desordenado mi tálamo? ¿no está ya apoyado en el*

(1) Odyss., lib. XXIII, v. 88.

tronco de olivo, alrededor del cual habia yo mismo erigido una sala en mi córte? etc. (1) »

Asi dice, y el corazon y las rodillas de Penélope flaquean á un mismo tiempo: reconoce en estas palabras al mismo Ulises. Volviendo en sí, corre al instante bañada en lágrimas hácia su esposo: le echa al cuello los brazos; besa su sagrada cabeza y esclama: «No te irrites ¡oh tú que fuiste siempre el mas prudente de los hombres! . . . . . .

. . . . . .

No te irrites ni estrañes que haya tardado en arrojarme á tus brazos. Mi corazon palpitaba de temor solo con recelar si las palabras engañosas de un estraño pretenderian sorprender mi fé. . . . . .

Pero al presente tengo ya una prueba evidente de tu vuelta. Con lo que acabas de decir de nuestra cama, desvaneces mis sospechas, porque ningun otro mas que tú la ha visto: solos tú y yo la conocemos, escepto la esclava Actoris, que me dió mi padre cuando vine á Itaca, y que guarda el umbral de nuestra alcoba nupcial. Tú restituyes á mi corazon la confianza que la pena alejaba de él.»

Habló, y Ulises impelido de la necesidad de verter llanto, lloró sobre esta amada y prudente esposa, estrechándola sobre su corazon. Cual los marineros que contemplan la tierra deseada, cuando Neptuno ha despedazado su rápida nave, juguete de los vientos y las olas inmensas, y hundiéndose la mayor parte en la antigua mar, al querer ganar tierra á nado, abordan algunos llenos de alegría (por haber burlado los mayores peligros) á las playas cubiertos de algas y espuma: asi aun menos dulce es á aquellos pobres marineros la vista de la tierra deseada, que le fueran á Ulises las miradas de Penélope. No podia esta desprender

(1) Lib. 23, v. 88.

sus brazos del cuello del héroe, y la aurora, la de los dedos de rosa, hubiera visto las lágrimas de estos esposos, si Minerva no hubiera detenido el sol en la mar, etc. . . . . .

«Entre tanto Eurinome, con una antorcha en la mano, condujo á la alcoba nupcial á Ulises y Penélope: se retira inmediatamente, y lloran los dos de alegría, porque vuelven á ver su antiguo lecho. . . . . .

«Despues de haberse embelesado con el amor, se embelesaron con la mútua narracion de sus penas. . .

«Apenas habia acabado Ulises las últimas palabras de su historia, cuando un profundo sueño suspendió las fatigas de su cuerpo y la inquietud de su alma (1).»

(1) Madama Dacier ha desfigurado notablemente este trozo, pues parafraseando los versos griegos, dijo: *A estas palabras la reina cayó casi desmayada; las rodillas y el corazon le flaquearon á un tiempo, y no duda ya que sea este su querido Ulises. Habiendo vuelto por último en sí, corrió á él con el rostro bañado en lágrimas, y abrazándole con todas las señales de una verdadera ternura, etc.* Y añade cosas de que no se halla en el texto una sola palabra. Suprime por último algunas veces la ideas de Homero, y reemplaza las suyas propias, de donde proviene el no hacer mencion de estos versos admirables: *Despues de haberse embelesado con el amor, se embelesaron con la recitacion de sus penas, etc.* Ella dice: *Ulises y Penélope, á quienes el placer de hallarse juntos despues de tan larga ausencia, suplia el lugar del sueño, se contaron recíprocamente sus penas.* Pero estas faltas, si lo son, nos suministran reflexiones que nos hacen estimar cada vez mas y mas aquellos escelentes helenistas del siglo de los Lefebres y Petavios. Madama Dacier teme tanto injuriar á Homero, que si el verso tiene muchos sentidos ó muchas variedades fundadas en la accion principal, le da mil vueltas, comenta y parafrasea hasta que deja sin sustancia la palabra griega, y como en un diccionario, presenta todas las acepciones en que puede ser tomada. Los otros defectos que se pueden echar en cara á esta sabia señora, provienen igual-

Este reconocimiento de Ulises y Penélope, es tal vez uno de los mejores pasos del ingenio antiguo. Penélope sentada y silenciosa, Ulises inmóvil al pié de una columna, é iluminada la escena con el resplandor del fuego, suministra á un pintor un pensamiento tan sublime como sencillo. ¿Y como se hará el reconocimiento? por el recuerdo de una circunstancia del lecho nupcial. Otra cosa digna de admiracion es la cama hecha por las propias manos de un *rey* sobre el tronco de un olivo, árbol de paz y sabiduria, digno de ser el apoyo de aquella cama *que ningun hombre sino Ulises habia visto*. Los arrebatos que siguen al reconocimiento de los dos esposos; aquella comparacion tan tierna de una viuda que vuelve á hallar á su marido, como el marinero que descubre la tierra al tiempo mismo de su naufragio; los consortes conducidos á su alcoba con el hacha encendida; la alegria que él esperimentara al volver á ver su cama; los placeres amorosos que siguen á los *júbilos del dolor* ó á la mútua confidencia de las penas pasadas; el doble deleite de la felicidad presente y el recuerdo de la desgracia, y aquel sueño que viene por grados á cerrar los ojos y la boca de Ulises, mientras cuenta sus aventuras á Penélope,

mente de una lealtad de espíritu, de un candor de costumbres, y de una especie de sencillez propia de aquellos tiempos famosos de nuestra literatura. Asi, pareciéndole Ulises demasiado frio á las caricias de Penélope; añade con grande ingenuidad, *que Ulises respondia á estas pruebas de amor, con todos los indicios de la mayor ternura*. Dignas de admiracion son tales infidelidades. Si ha existido alguna vez un siglo prupio á suministrar verdaderos traductores de Homero, era sin duda aquel en que no solo eran *antiguos* el espíritu y el gusto, sino aun el mismo corazon, y en que no se alteraban las costumbres del siglo de oro, pasando por el alma de sus intérpretes.

que está muy atenta; todos estos son rasgos maestros y nunca bastantemente admirados.

Debia hacerse un estudio interesante, cual seria el de descubrir como hubiera trazado un autor moderno tales partes de las obras de un autor antiguo. En la pintura precedente, por ejemplo, podemos sospechar que la escena hubiese sido narrada por el poeta, en vez de ser una accion entre Ulises y Penélope. Y bien seguramente el poeta, no hubiera omitido adornar su narracion con reflexiones filosóficas, con versos de mucho efecto, y ciertas palabras felices; mas en vez de este sistema de composicion tan laborioso cuanto brillante, os presenta Homero dos esposos que vuelven á verse despues de veinte años de ausencia, y que sin dar grandes gritos, parecen solo haberse separado el dia antes. ¿Dónde, pues, está la belleza de la pintura? En la verdad.

Los modernos son en general mas sábios, mas delicados, mas sutiles, y aun á veces mas interesantes en sus composiciones que los antiguos. Pero estos son mas sencillos, mas magníficos, mas trágicos, mas abundantes, y sobre todo mas verdaderos que nosotros. Tienen un gusto mas seguro y una imaginacion mas noble. Solo atienden al conjunto, y prescinden de los adornos. El llanto de un pastor, las historias que refiere un viejo, los combates de un héroe; he aqui para ellos todo el asunto de un poema: y yo no sé en qué consiste que este poema que no tiene nada, está sin embargo mejor desempeñado que nuestras novelas, llenas de incidentes y personages. El arte de escribir parece haber seguido las huellas del de la pintura: la paleta del poeta moderno se cubre de una variedad infinita de tintas y matices; el poeta antiguo compone todas sus pinturas con los tres colores del Polignoto. Los latinos, colocados entre la Grecia y entre nosotros, usan á un tiempo los dos estilos; el de la Grecia en la

sencillez de los fondos, y el nuestro en el arte de los pormenores. Tal vez lo que hace tan deliciosa la lectura de Virgilio, es esta feliz armonía de ambos gustos.

Contemplemos ahora la pintura de los amores de nuestros primeros padres. Eva y Adan, cantados por el ciego de Albion, harán un hermoso contraste con Ulises y Penélope, cantados por el ciego de Esmirna.

CAPITULO III.

Continuacion de los esposos.

ADAN Y EVA.

Satanás se introdujo en el paraiso terrenal. En medio de los animales de la creacion.

He saw
Two of far nobler aspect erect and tall
. . . . . .
. . . . . .of her daughters. Eve.

Un aspecto mas noble y mas erguido
. . . . . .
. . . . . *De las hijas de Eva* (1).

«*Divisó* dos seres de una forma mas noble y de estatura recta y elevada, como la de los espíritus inmortales. Durante el primitivo honor de su nacimiento, les cubria una magestuosa desnudez; parecian soberanos del nuevo universo, y en efecto eran dignos

(1) *Par. per.* lib. IV., v. 288, 314, un verso omitido. Glasc. ed. 1776.

de serlo. En sus miradas divinas brillaban los atributos de su glorioso Criador; la verdad, la sabiduría, la santidad rígida y pura, virtud de que dimana la autoridad verdadera del hombre. Sin embargo, estas criaturas celestes se diferencian entre sí, como lo manifiestan sus sexos: él es criado para la contemplacion y el valor, *ella* para la delicadeza y las gracias; él para Dios solamente, ella para Dios en él. La frente despejada y la vista magestuosa del primero, indican el poder absoluto; sus cabellos de jacinto, dividiéndose sobre frente, caen noblemente rizados por ambos lados, pero sin ondear sobre sus anchas espaldas. Su compañera, por el contrario, deja caer como un velo de oro sus trenzas sobre su cintura, donde forman caprichosos rizos, así como encorva la cepa sus tiernos vástagos alrededor del frágil tronco, símbolo de la sujecion en que nació nuestra madre. ¡Sujecion á un cetro bien ligero! ¡obediencia otorgada por ella, y mas bien recibida que exigida! ¡imperio cedido voluntariamente! ¡cedido con un modesto orgullo, y no sé que amorosas dilaciones llenas de temores y encantos! Ni vosotras mismas estábais entonces ocultas, misteriosas obras de la naturaleza. Entonces era desconocida la vergüenza culpable y criminal. Hijo del Pecado: Pudor impúdico, ¡cuantas turbaciones has causado en los dias del hombre por una vana apariencia de pureza! ¡Ah! ¡tú has desterrado de nuestra vida el verdadero vivir, la sencillez y la inocencia! Asi marchan desnudos estos dos grandes esposos en el Eden solitario. Ni se recatan de la vista de Dios, ni de las miradas de los ángeles, porque aun no tienen idea del mal. Asi pasa, teniéndose por las manos, la mas hermosa pareja que unió jamás el fuego del amor; Adan, el mejor de los hombres que fueron su posteridad, y Eva, la mas hermosa entre cuantas mugeres nacieron sus hijas.»

Nuestros primeros padres se retiran bajo la sombra, al márgen de una fuente, y cenan en medio de los animales de la creacion, que se divierten alrededor de su rey y de su reina. Encubierto Satanás bajo la figura de uno de aquellos irracionales, contempla los dos esposos, y se siente casi enternecido al ver su hermosura é inocencia, y por la idea de los males que va á causar y hacer sustituir á tanta felicidad: ¡rasgo admirable! Conversan entre tanto dulcemente al lado del manantial Adan y Eva, y esta habla asi á su esposo.

That day I often remember, when fron sleep,
. . . . . her silver mantle therew (1).

«Yo me acuerdo muchas veces de aquel dia en que saliendo del primer sueño, me hallé acostada á la sombra rodeada de flores, sin saber dónde estaba, quién era, ni cuándo ó cómo habia sido traida á este sitio. No lejos de aqui se oia el murmullo del agua en la concavidad de una roca. Despeñándose por una húmeda cascada, se reunia toda el agua allí cerca, tan pura como los espacios del firmamento. Llena de timidéz me acerqué á este lugar, me senté sobre su verde ribera para mirar el trasparente lago que me pareció otro cielo. Al instante que me bajé hácia las olas, apareció una sombra en el húmedo espejo, que se inclinaba hácia mí, como yo hácia ella. Me estremecí, y se estremeció tambien; acerqué de nuevo la cabeza; y volvió inmediatamente la misma imágen, mirándome con simpatía y amor. Aun estarian fijos mis ojos en aquella figura, y me hubiera consumido un vano deseo, á no haber oido una voz en el desierto: «Tú, hermosa criatura, tú misma eres el objeto que

(1) Par. lost., book IV, v. 449, 502 inclusive. Despues desde el v. 591 hasta el 609.

ves: contigo huye y vuelve á parecer; pero sígueme, y te conduciré adonde no eludirá tus brazos una sombra vana, y donde hallarás á aquel de quien eres imágen. Tuyo será siempre; le darás una multitud de hijos semejantes á tí, y serás llamada *madre del género humano.*» ¿Qué pude yo hacer oidas estas palabras? Obedecer y echar á andar conducida de un impulso invisible. Pronto te divisé bajo de un plátano. ¡Oh! ¡cuán alto y hermoso me pareciste! Sin embargo, hallé en tí menos belleza y ternura que en la graciosa fantasma que ví en el reflejo del agua. Quise huir, me seguiste, y levantando tu voz, gritaste: «Vuelve, hermosa Eva, ¿sabes de quién huyes? Tú eres la misma carne y hueso del que huyes. Para darte el ser he suministrado de la parte vital mas próxima á mi corazon; para que estuvieses despues á mi lado eternamente. ¡Oh mitad del alma mia! yo te busco; la otra mitad tuya te reclama.» Hablando asi, cogió tu dulce mano la mia; cedí, y desde entonces he conocido cuanto sobrepuja á la gracia una beldad varonil, y la sabiduría, la solamente hermosa.

«Así habló la madre de los hombres. Con miradas amorosas se inclina medio abrazando á nuestro primer padre, y como en un tierno enagenamiento. La mitad de su inflamado pecho viene misteriosamente á caer bajo sus dorados y ondeantes cabellos, y á tocar con su voluptuosa desnudez el despojado seno de su esposo. Encantado Adan con la beldad y gracias que ofrece, sonrie dando un suspiro de amor; tal es la sonrisa que el cielo deja caer en la primavera sobre las nubes, que llevan en sí la vida de las semillas de las flores. Adan estrecha despues con un beso puro los fecundos labios de la madre de los hombres . . . . .
. . . . . .

«Entre tanto habiase puesto el sol por mas bajo de las islas Azores, bien fuese porque este primer globo

del cielo, rodó hácia aquellas riberas con su increible celeridad, ó bien porque la tierra menos rápida, retirándose al Oriente por un camino mas corto, dejó al astro del dia á la izquierda del mundo. Habia revestido ya de púrpura y oro las nubes que andaban alrededor de su trono celestial; entre tanto se acercaba la tranquila noche, y el pardo crepúsculo habia igualmente ofuscado los objetos con sus mismas sombras. Las aves del cielo reposaban en sus nidos, los animales terrestres en sus camas. Todo callaba, menos el ruiseñor, amante de las vigilias, que llenaba la noche con sus amorosas quejas, y alegraba el silencio. Bien pronto centellea el firmamento con zafiros vivientes. El lucero vespertino, al frente del ejército de los demas astros; se muestra el mas brillante por largo tiempo; y por último, levantándose con magestad entre las nubes la reina de las noches, difundió su suave luz, y echó su plateado manto encima de las sombras (1).»

Adan y Eva se retiran al pabellon nupcial, despues de haber dirigido su oracion al Eterno. Penetran por entre las sombras del bosque, y se acuestan en su lecho de flores. Entonces el poeta que se quedó como á la entrada, entona de repente un cántico á Himeneo, en presencia del firmamento y del polo rodeado de estrellas. Entra en este magnífico epitalamio sin preparacion, y por un movimiento inspirado al uso antiguo.

Hail wedded love, mysterious law truc source
Of human offspring.....

(1) Los que sepan el inglés, conocerán cuán dificil es la traduccion de este trozo. Se nos disimulará la licencia usando de algunos rodeos en favor de la fuerza del testo. Hemos cercenado tambien algunos rasgos de mal gusto, en particular la comparacion *alegórica* de la sonrisa de Júpiter, que hemos reemplazado en su sentido propio.

«Salud, amor conyugal, ley misteriosa, manantial de la prosperidad.» Asi cantó de repente todo el ejército de los griegos despues de la muerte de Hector: ¡*Hemos adquirido una gloria señalada, y muerto al divino Hector*! Y á este modo, celebrando los salianos la fiesta de Hércules, esclamaban tambien tosca y apresuradamente en Virgilio: *Tu nubigenas invicte, bimembres*, etc. «Tú eres quien domas los dos centauros, hijos de una nube.»

Este himno da la última pincelada al retrato de Milton, y termina la pintura de los amores de nuestros primeros padres (1).

No tememos que se nos eche en cara lo largo de esta cita. En cualquiera otro poema, dice Mr. Voltaire, el amor se mira como una flaqueza; solo en Milton es virtud: el poeta ha sabido descorrer con una mano casta el velo que en toda otra parte cubre los placeres de esta pasion. Trasporta al lector á aquel jardin de delicias, y parece que le hace probar los placeres de que Adan y Eva parecen poseidos. No se eleva ya sobre la naturaleza humana simplemente, sino sobre la naturaleza humana corrompida; y asi como no hay ejemplar de otro amor semejante, tampoco hay otra poesía igual (2).

Si comparamos, pues, los amores de Ulises y Penélope y los de Adan y Eva, hallaremos que la sencillez de Homero es mas ingénua, la de Milton mas mag-

(1) Aun hay otro lugar en donde están descritos estos amores. Se encuentra en el octavo libro, cuando cuenta Adan á Rafael las primeras sensaciones de su vida, sus conversaciones con Dios sobre la soledad, la formacion de Eva, y la primera conferencia con ella. Este trozo no es inferior al que acabamos de citar, y debe tambien toda su belleza á una religion santa y pura.

(2) *Ensayo sobre la poesia épica*, cap. IX.

nífica. Ulises, aunque rey y héroe, tiene sin embargo algo de tosco; sus astucias, acciones y palabras conservan un carácter agreste y sencillo. Adan, aunque apenas nacido y sin esperiencia alguna, es ya el perfecto modelo del hombre: da á entender que no ha salido de las débiles entrañas de una muger, sino de las manos poderosas de Dios. Es noble, magestuoso, y al mismo tiempo lleno de inocencia y de ingenio; se le advierte tal cual le pintan los libros sagrados; es decir, digno de que le respeten los ángeles, y de pasearse en la soledad con su Criador.

Respecto de las dos esposas, si Penélope es mas reservada, y luego mas tierna que nuestra primera madre, es porque ha sido acrisolada por la desgracia que nos hace desconfiados y sensibles. Eva, por el contrario, se abandona; es comunicativa y seductora, y aun tiene algo de gazmoñería. ¿Y por qué habia de ser séria y prudente como Penélope? ¿No era todo risueño para ella? Si la pesadumbre oprime el alma, la felicidad la dilata. En el primer caso, todos los desiertos no bastan para ocultar su pena; y en el segundo, no hay suficientes corazones á quien cuente sus placeres. Ademas de que Milton no quiso pintar perfecta á Eva; la representa irresistible por sus encantos, pero un poco indiscreta y amiga de hablar, para hacer prever la infelicidad á que la va á arrastrar este defecto. En lo demas, los amores de Ulises y Penélope son puros y rígidos, como deben ser los de dos esposos.

Aqui me parece oportuno advertir, que la mayor parte de los grandes poetas de la antigüedad, tienen á la vez en las pinturas voluptuosas, cierta desnudez y al mismo tiempo cierta castidad admirables: no hay cosa mas púdica que su pensamiento, ni mas libre que su espresion. Nosotros, por el contrario, trastornamos los sentidos, al mismo tiempo que parece respetamos la vista y el oido. ¿De dónde, pues, proviene esta mágia de los antiguos, y por qué una Venus de Praxiteles enteramente desnuda, atrae mas nuestro espíritu que nuestras miradas? De que alli hay un bello ideal que toca mas al espíritu que á la materia. El ingenio y no el cuerpo se hace entonces amoroso; él solo es quien se consume por unirse estrechamente á esta obra maestra. Todo amor terrestre se apaga y le sustituye una ternura mas divina. El alma enardecida se ase al objeto amado, y espiritualiza hasta los términos groseros de que ha tenido que usar para espresar su llama.

Pero ni el amor de Penélope y de Ulises, ni el de Dido por Eneas, ni el de Alcestes por Admeta, pueden ser comparados á los sentimientos que prueban el uno por el otro los dos nobles personages de Milton. La verdadera religion es la única que ha podido dar el carácter de un amor tan santo y sublime. ¡Qué asociacion de ideas! ¡El universo naciente; los mares espantándose, digámoslo asi, de su propia inmensidad; los soles perplejos y como aterrados en su nueva carrera; los ángeles atraidos con estas maravillas; Dios mirando aun su recien acabada obra; dos seres, mitad espíritu y mitad barro, asombrados de sus cuerpos, mas asombrados aun de sus almas, y haciendo á un tiempo la prueba de sus primeros pensamientos y de sus primeros amores!

Para hacer la pintura mas perfecta Milton, ha sabido poner tambien alli á Satanás. El ángel rebelde espía á los dos esposos; sale de la misma boca de estos el fatal secreto; se regocija de su futura desgracia, y toda esta pintura de la felicidad de nuestros padres, solo es en realidad el primer paso para horribles calamidades: Penélope y Ulises recuerdan un mal pasado; Eva y Adan anuncian un mal ya inminente. Un drama cualquiera es defectuoso en el fondo, si ofrece alegrías sin mezcla de pesares, ya desvanecidos, ó próximos á suceder. Una entera felicidad nos enfada; una

desgracia absoluta nos repugna: la primera está falta de moral y de llantos; la segunda de esperanza y de sonrisas. Si subis desde el dolor al placer, como en la escena de Homero, sereis mas sensible y melancólico, porque entonces reflexiona el alma en lo pasado, al mismo tiempo que descansa en lo presente: si, por el contrario, bajais desde la prosperidad al llanto, como en la pintura de Milton, os hareis mas tristes é interesantes, porque el corazon apenas se detiene en lo presente, y anticipa los males que le amenazan. Es, pues, necesario unir siempre en nuestras obras la felicidad á la desgracia, y sobre todo cargar mas la suma de los males que la de los bienes, cual sucede en la naturaleza. Hay dos licores en la copa de la vida, uno dulce y otro amargo; pero ademas de la amargura del segundo, es preciso contar tambien con la hez que los dos dejan igualmente en el fondo del vaso.

CAPITULO IV.

El padre.

PRÍAMO.

Conocido el carácter de esposo, pasemos al de *padre*: consideremos la paternidad en las dos posiciones mas sublimes é interesantes á la vida; esto es, la desgracia y la vejez. Príamo, aquel gran monarca derribado de la cumbre de su gloria, y cuyos favores mendigaron los grandes de la tierra, *dum fortuna fuit;* Príamo mismo, con el cabello cubierto de ceniza, y el rostro bañado en lágrimas, se atrevió á penetrar en el

campo de los griegos, solo y á media noche. Postrado á los pies del implacable Aquiles, besando aquellas manos terribles y despedazadoras, que tantas veces humearon con la sangre de sus hijos, le pide el cuerpo de su Héctor.

«¡Acordaos de vuestro padre, oh Aquiles, semejante á los dioses! Está agoviado de los años, y como yo, en el último tercio de su vida. Tal vez en este instante esté abrumado por poderosos vecinos, sin tener á su lado quien le defienda. Mas sin embargo, cuando oye que vivís, se regocija su corazon, y cada dia espera ver á su hijo de vuelta de Troya. Pero á mí, el mas desgraciado de los padres, creo que ni un solo hijo me ha quedado de tantos como contaba en la gran Ilion Cincuenta tenia cuando desembarcaron los griegos en estas playas. Diez y nueve eran hijos de una misma madre, los demas los habia tenido de diferentes cautivas: los mas han perecido siguiendo al cruel Marte, y solo uno quedaba defendiendo á Troya y á sus hermanos. Me le acabais de matar peleando por su patria.... Héctor. Por él es por quien vengo á la escuadra de los griegos, para rescatar su cuerpo á costa de esta suma que os traigo. Respetad á los dioses. ¡Aquiles! tened compasion de mí: acordaos de vuestro padre. ¡Oh, cuán infeliz soy! ¿Ha habido en el mundo desgraciado alguno que se haya visto reducido á este esceso de miseria? ¡Beso las manos que han muerto á mis hijos!»

¡Cuántas bellezas se hallan en esta súplica! ¡Qué escena se presenta á la vista del lector! ¡La noche, la tienda de Aquiles, aquel mismo héroe llorando á Patroclo al lado del fiel Automedon, Príamo apareciendo por medio de las sombras, y echándose á los pies del hijo de Peléo! Allí están detenidos en medio de las tinieblas los carros que llevan el presente del soberano de Troya, y á corta distancia yace sobre las playas del